

Nuevas formas de búsqueda espiritual

*José Moraleda Rodríguez**

Vivimos tiempos de fragmentación. En tiempos pasados las personas vivían en un mundo vital unificado. Pero con la modernidad todos nos vemos sometidos al fragmento, a la diferencia, a lo parcial. Nos sentimos instalados en un presente apresurado por unas demandas y unas ansias que no sabemos controlar. Las perspectivas universales, los planteamientos generales son relegados por las preocupaciones de lo próximo, lo especializado y lo limitado.

Por otro lado, nuestras sociedades consumistas responden interesadamente a nuestras necesidades materiales y nos invitan al exceso y al despilfarrero; no sólo nos proporcionan lo necesario, sino también el lujo, lo superfluo o lo anodino. En este contexto, hay muchas personas que se encuentran a disgusto, toman conciencia de la crisis espiritual de nuestro mundo. Aun sin tener las ideas muy claras, consideran que nuestra organización social y cultural no funciona satisfactoriamente para los deseos más profundamente humanos, no aporta felicidad, ni calidad vital. Aspiran a una vida mejor, quieren ir más allá de las preocupaciones inmediatas al encuentro de nuevas experiencias. En ellas alienta una auténtica y sincera búsqueda espiritual. Está claro que los seres humanos necesitamos salir de la superficialidad porque necesitamos trascendencia. Así muchos de nuestros contemporáneos que se alejaron de lo religioso

* Profesor de Fenomenología de la Religión en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas «San Pío X», Madrid.

institucional o que ni siquiera tuvieron una formación religiosa adecuada, buscan llenar ciertos vacíos que descubren en su existencia con elementos espirituales de antiguas tradiciones religiosas, de las religiones orientales o en las creencias de la Nueva Era. Se recupera el interés por la espiritualidad, pero desde planteamientos alejados de las tradiciones religiosas heredadas. Paradójicamente, en las sociedades secularizadas la sed espiritual del ser humano, lejos de apagarse, se hace más intensa.

A la demanda de espiritualidad responde una oferta variada y contradictoria de formas espirituales construidas sobre distintos fundamentos religiosos, culturales o, incluso, irreligiosos y agnósticos. Las nuevas espiritualidades más adaptadas al sentir posmoderno se alejan de toda trascendencia religiosa cuando plantean sus alternativas *salvadoras* y proponen remedios y soluciones intrahistóricas a las carencias de nuestro mundo: la liberación se realiza aquí y ahora, la oferta de una vida espiritual plena es para este mundo.

En suma, el nuevo interés espiritual está modificando el contexto religioso del mundo. Es un asunto personal, pero que tiene importantes implicaciones institucionales, sociales y culturales. El retorno de la espiritualidad plantea nuevos interrogantes y desafíos religiosos desconocidos hace unos años.

RELIGIÓN Y ESPIRITUALIDAD

Las religiones ayudan a liberar al ser humano, despiertan la bondad de su corazón y el deseo de salvación escatológica; ofrecen apoyo y fundamento para vivir una vida más plena; estimulan la fe y la esperanza para enfrentarse a los problemas de la existencia; ofrecen sentido y valor. En el devenir histórico, las religiones necesitan conservar la herencia recibida y, a la vez, adaptarse a los desafíos y a los problemas actuales. Con el paso del tiempo van interpretando sus relatos fundacionales, se reforman y se adaptan al mundo cambiante, evitando la rigidez excesiva que las convertiría en sectas.

En el pasado, las religiones han sido los canales de la espiritualidad, respondían a la necesidad de trascendencia, enriquecían la vida con experiencias espirituales. Por medio de la religiosidad los creyentes realizaban con mayor armonía la integración de distintas experiencias vitales: acción y contemplación, repetición e innovación, creencias, rituales y normas éticas. En nuestro contexto cristiano la religiosidad se desarrollaba de manera integrada y en relación con los distintos acontecimientos de la vida. Todavía hoy muchas personas se mantienen en este clima religioso y su espiritualidad acompaña los actos cotidianos, los ritmos semanales, las fiestas y las celebraciones más solemnes. Personas que viven con sencillez y con profundidad una vida religiosa marcada por devociones, rezos y celebraciones rituales. También es verdad que existen personas alejadas de la moderación religiosa que se dejan llevar por la angustia, la locura o el fanatismo. En suma, aunque avanzan los fenómenos secularizadores, la religiosidad no ha desaparecido del escenario social moderno, las instituciones religiosas y la religiosidad tradicional mantienen una cierta influencia y visibilidad social; además, y simultáneamente, se detectan síntomas de un nuevo despertar espiritual y la aparición de novedosas ofertas espirituales. Hay que advertir, finalmente, que la evolución religiosa en los últimos años presenta una novedad que a primera vista extraña: lo *espiritual* se separa y se distingue de lo *religioso*.

Espiritualidad frente a religión

En un contexto secular, la opinión pública y, en mayor medida, la opinión publicada en los medios de comunicación no proyectan una imagen positiva y atractiva de las religiones. Muchos adultos, y sobre todo los jóvenes cuando son preguntados *describen* la religión por los rasgos institucionales menos favorables. Insisten en el carácter dogmático, en las estructuras jerárquicas de las iglesias, en los escándalos o en la insensibilidad de los representantes de las religiones. La vivencia religiosa se caracteriza por cumplir unas normas principalmente externas: defender unas creencias, seguir una moral estricta y la obligación de realizar unos ritos o asistir a las celebraciones litúrgicas. Añaden que las instituciones religiosas, por su

carácter formal, por su rigidez normativa o por su alejamiento de las preocupaciones diarias de los individuos, no pueden favorecer el enriquecimiento espiritual de las personas más inquietas. Por eso se prefiere el término supuestamente más adecuado de *espiritualidad* para referirse a las experiencias vitales que viven las personas más sensibles a los asuntos del espíritu. Se ha convertido en un término de moda y no despierta las sospechas que muchos de nuestros contemporáneos sienten al oír las palabras *religión* y *religiosidad*.

La nueva imagen de la espiritualidad se caracteriza por ser más libre y flexible, más espontánea y acomodada al sentir de cada individuo. Fundada sobre la autonomía del sujeto, busca la relación directa con *Alguien* o con *Algo* sin necesidad de mediadores. Todo está dominado por un sentimiento de inmanencia ecológica, de unión profunda con los seres de la naturaleza; se contempla el mundo espiritual como una realidad familiar y cercana y se convierten las prácticas espirituales en procedimientos y terapias para conseguir el bienestar a sus seguidores. No necesita una institución que la regule, no quiere la tutela de iglesias o religiones. Asimismo, se rebela contra los componentes demasiado racionales y abstractos; no necesita criterios de validación externa y se contenta con su apreciación subjetiva; tampoco precisa el orden, la organización y el cierre cognitivo de las religiones. Por otro lado, rechaza la banalidad, la superficialidad y el materialismo de la sociedad actual. El alejamiento de la nueva espiritualidad de los modos religiosos tradicionales no es tan radical que no admita convergencias. La espiritualidad alternativa y la religiosidad clásica tienen en común la búsqueda del sentido y de la trascendencia frente al materialismo; también comparten una visión esperanzada de la vida individual enfrentada a los condicionantes de la finitud. Sin embargo, difieren en las interpretaciones sobre el significado de la trascendencia o la proyección en el más allá. Cabe añadir que la espiritualidad nueva, aunque se manifiesta libre y desprendida de cualquier tradición, suele servirse del lenguaje y la simbología de las religiones.

El desplazamiento del lenguaje religioso en favor del término *espiritualidad* y la marginación del término *religión* no son neutrales. Se enmarcan en un proceso de transformación cultural más amplio. La nueva espiritualidad coincide con la búsqueda de autonomía tan característica del hombre moderno; tiene que ver con la manera más individualista de entender la vida y las experiencias fundamentales. Todo ello incide en la decadencia de las prácticas comunitarias de las iglesias, la evolución de las creencias y el protagonismo que se concede a vivencias espirituales que se presentan como alternativas al cristianismo.

Espiritualidad como búsqueda espiritual

Resulta evidente que, desde una perspectiva individual, para disponer de una espiritualidad es necesario ponerse en camino y buscar. Cada persona tiene que indagar y encontrar su propio camino espiritual. La búsqueda supone aventura y el riesgo de equivocarse. De forma general puede decirse que lo primero que se busca es identidad; y esta búsqueda de uno mismo incluye deseos de estabilidad y serenidad, ansía conseguir un yo maduro, pleno y estable. Pero hoy, a diferencia del pasado, nuestra circunstancia cultural nos obliga a elegir la identidad en solitario. No podemos contar con un entorno social que nos otorgue la identidad como algo dado, tenemos que optar y edificar nuestra identidad en un ambiente que no facilita la elección y el desarrollo de nuestro itinerario vital.

También la espiritualidad se vive como construcción personal. Cada uno tiene que buscar las fuentes espirituales más propicias, acudir a los lugares que ofrecen más garantías para lograr una espiritualidad madura. Se puede elegir entre todas las religiones o, por el contrario, no tener una religión. En nuestro contexto cristiano, se elige entre la variedad de iglesias cristianas o entre las sectas evangélicas; se elige la parroquia o incorporarse a una comunidad religiosa; se puede pertenecer por libre, adherirse sin mayores complicaciones al sentir general o pertenecer a un grupo crítico. Pero no debe olvidarse que lo importante, por tratarse de la búsqueda espiritual, es que los seres humanos quieren encontrarse

con la divinidad, buscan verse reflejados en el espejo de la trascendencia, En cada persona habita una inquietud por trascender su realidad más inmediata y superficial. Porque es propio de la naturaleza humana generar los dinamismos de búsqueda de perfección y trascendencia; de buscar el bien, la verdad y la belleza; de ir al encuentro del Misterio. La búsqueda de la divinidad manifiesta claramente la condición espiritual del ser humano. San Agustín supo plasmar en la conocida frase este deseo inscrito en el corazón humano: «Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que descansa en ti».¹ Así, la espiritualidad tiene como tarea alimentar la vida interior y dar respuesta a la inquietud de trascendencia, saciar el hambre y la sed de las personas espirituales con la comida sabrosa y las aguas vivas que llevan a la vida plena.

Conviene añadir que el camino espiritual no es fácil como místicos y maestros espirituales nos lo han recordado permanentemente con imágenes y metáforas arriesgadas. La aventura espiritual es para los esforzados: hay que salir de casa, vencer la parálisis, la pasividad y el inmovilismo; hay que abandonar una religiosidad temerosa, una religión marcada por la seguridad, la norma o el rito vaciado por la rutina. En el mundo espiritual hay que establecer prioridades, no sólo entre las necesidades más acuciantes, sino también entre los deseos y las aspiraciones más elevadas. La búsqueda es aventura espiritual porque es preciso arriesgarse, abrirse a la experiencia de lo nuevo y caminar en la noche al encuentro del Misterio. En la poética expresión de Luis Rosales:

*De noche iremos, de noche,
sin luna iremos, sin luna,
que para encontrar la fuente
sólo la sed nos ahumbra.*

¹ *Confesiones* I, 1

La historia testigo de la búsqueda espiritual

Las diferentes religiones dan cobijo a esta búsqueda incansable del corazón humano en camino hacia el Misterio. La experiencia religiosa es una experiencia de peregrinación, de búsqueda del centro espiritual, de marcha hacia los espacios sagrados en esta tierra o la morada de la divinidad en el mundo venidero: la nueva Jerusalén, el paraíso, el cielo, el nirvana, etc.

En las religiones más antiguas los seres humanos, con una mentalidad profundamente religiosa, dirigían sus interrogantes e inquietudes hacia el poder oculto de las cosas, la fuerza de los dioses, el discurrir de los acontecimientos de la vida y la adivinación del futuro; ritualizaban los actos extraordinarios de los héroes y de los antepasados. En estas religiones de la naturaleza o cósmicas, el ser humano se reconoce en su vinculación especial con la naturaleza y en las relaciones sociales debidamente ritualizadas y solidarias con su tribu o pueblo.

En el hinduismo los hombres contemplan la misteriosa riqueza y la sabiduría de la divinidad, elaboran profundas reflexiones filosóficas; y en su camino espiritual se sirven de una multitud de mitos, de representaciones exuberantes, de prácticas ascéticas muy rigurosas y de rituales coloristas y plurales. Por su parte, los seguidores del budismo enseñan que este mundo cambiante no puede sostener, ni fundamentar de manera permanente a los seres humanos; y para superar el dolor, la caducidad y la insuficiencia radical de nuestro mundo, proponen un camino espiritual de desprendimiento y libertad hasta llegar al estado de iluminación total.

No faltan quienes piensan que la búsqueda religiosa es cosa del pasado, consideran que el mundo moderno con sus avances científicos y tecnológicos ha liberado a las nuevas generaciones de la inquietud religiosa. Y, sin embargo, podemos seguir hablando de búsqueda espiritual. Con razón afirmaba el Concilio: «Ya desde la antigüedad y hasta nuestros días se encuentra en los diversos pueblos una cierta percepción de aquella fuerza

misteriosa que se halla presente en la marcha de las cosas y en los acontecimientos de la vida humana».²

En nuestras sociedades seculares los seres humanos se siguen enfrentando a los enigmas de la vida y sus respuestas son indudablemente religiosas. Las maravillas de nuestro mundo, las experiencias vitales profundas, el amor, la belleza y el sufrimiento suscitan reflexiones e interpretaciones que son propias de la sensibilidad de cada uno, y, a la vez, son comunes a todos los seres humanos. Cada persona, en formas aproximadas y de tanteo, va expresando esta experiencia espiritual con expresiones simbólicas, míticas y rituales que se van incorporando a la herencia religiosa de la humanidad. No podemos ser originales y creativos constantemente, en nuestro lenguaje religioso seguimos utilizando los conceptos y los símbolos del pasado, aunque sea de manera camuflada. Los acontecimientos deportivos se suelen revestir de una épica y una emoción que superan siempre el mero hecho competitivo. Sobre todo, si se trata de un acontecimiento extraordinario como los juegos olímpicos que celebran la fuerza y habilidad de los atletas, el encuentro festivo, la convivencia pacífica ritualizada periódicamente; y todo acompañado simbólicamente por el fuego, las banderas, el laurel, los himnos... Como es bien sabido, la luz y el fuego han sido utilizados permanentemente por las religiones, en las formas religiosas arcaicas y en las nuevas corrientes espirituales, en el judaísmo y en la Nueva Era, en las celebraciones cristianas y en el encuentro romántico de los amantes. Estos símbolos comunes unifican la experiencia religiosa de la humanidad, facilitan la comunicación espiritual entre las personas y nos ayudan a superar las barreras culturales y religiosas. Nuestro mundo tecnificado no impide mantener viva la cercanía simbólica que nos une a nuestros antepasados. En nuestros hogares permanentemente iluminados por la electricidad siempre encontraremos velas. Los símbolos universales nos ayudan a percibir la presencia del misterio y contribuyen a dotar de trascendencia los gestos y vivencias de cada día.

² *Nostra aetate*, 2.

ALGUNAS FORMAS DE ESPIRITUALIDAD ALTERNATIVA

El hombre de hoy, como en el pasado, no deja de ser *homo religiosus* en busca de una espiritualidad perpetuamente cambiante. Ante él, en nuestra situación cultural y religiosa, se despliegan una pluralidad de formas espirituales. Viejas y nuevas plataformas lanzan a nuestros contemporáneos una multitud de propuestas espirituales, publicaciones y objetos variados: métodos, terapias, talleres, centros de retiro, grupos de meditación, rituales, iconos, amuletos, perfumes, etc. En suma, el análisis de la nueva espiritualidad descubre una situación variopinta, donde los practicantes se reparten entre propuestas variadas y contradictorias.

– *Espiritualidad atea*

Hay personas que manifiestan una espiritualidad, una mística, pero sin Dios y sin religión. La espiritualidad atea ofrece una salida espiritual a todos aquellos que no quieren pertenecer a ninguna religión, que rechazan a las iglesias, pero en su interior alientan inquietudes e interrogantes espirituales. ¿A que tipo de espiritualidad daría lugar la omisión de Dios? El siguiente texto tomado de Internet puede ser ilustrativo. Así se manifiesta un invitado a un foro sobre espiritualidad:

«¿Existe una espiritualidad atea, sin ángeles que custodian tu camino y demás compañías?

Pues, amigos, existe. Existe incluso una filosofía, también llamada religión, atea.

Personalmente, vivo la vida desde un sentimiento digamos espiritual, digamos místico, digamos religioso, en su estricto sentido: re-unir, religar al hombre consigo mismo, imagen y esencia. No me gusta adornar con sombras mi vida. Me gusta la vida con su sabor amargo y dulce, tal cual es; creo que tengo los pies bastante en la tierra y sin embargo mi alma oye un solo cántico. Y no creo en dios, en ese dios de nuestras religiones convencionales. No puedo creer en un ser tan lejano.

Sé que no es fácil vivir sin red. No es fácil no tener a quien apelar cuando las cosas van mal, de quien olvidarse cuando van bien. Y no sé poner nombre a lo que siento; eso sí es tarea divina, tarea de poetas, no mía.

Pero, sinceramente, angelitos, campanitas... ¿no os parece devaluar bastante el término “espiritualidad”? ¿No es, acaso, ponerle puertas al campo? ¿No es crear límites a lo ilimitado?

¿Por qué no hacer un esfuerzo por hablar más de lo que siente un ser de carne y hueso (y alma), de sus angustias y grandezas, sus soledades y esfuerzos, sus momentos creativos, que de dios y sus angelitos»³.

Esta experiencia recuerda la actitud de sabios orientales y filósofos como Bruno, Spinoza, Goethe o Hegel. La espiritualidad atea puede adoptar una actitud estética ante la vida, ver el mundo con mirada de artista; o sentirse invadida por una especie de simpatía universal, de unidad con todos los seres que pueblan el universo; confía en una benéfica armonía universal que solucionará todos los problemas. Un monismo consolador y optimista lo invade todo. Se trata, en suma, de una espiritualidad difusa y tolerante, sin dioses, dogmas y ritos.

– *Espiritualidad laica*

En relación con lo anterior y atendiendo a una terminología más de moda, se puede hablar de espiritualidad laica. Se dan bastantes elementos comunes entre las dos propuestas, porque como es fácilmente comprensible no hay fronteras muy definidas. La espiritualidad laica, desde un planteamiento menos crítico con la religión, permite nombrar esa experiencia humana que está más allá que la moral, que piensa en lo sagrado a partir del ser humano y su libertad. Incluso, se puede hablar de una mística laica que está dispuesta a aprender de las religiones, aunque desea, sobre todo, seguir un camino interior creativo, humanista y laico.

³ [http://foros.ya.com/SForums/\\$M=readthread\\$TH=252792\\$F=32596\\$ME=1644034](http://foros.ya.com/SForums/$M=readthread$TH=252792$F=32596$ME=1644034)

La independencia y la libertad de la espiritualidad laica permiten dejar de lado las creencias religiosas. Ni se apoyan, ni se rechazan las opciones religiosas que las personas puedan tener; se toleran y se opta por un respetuoso silencio sobre las creencias. Ni hablar de Dios, ni ignorarlo. Los profetas laicos de la secularización proponen una manera *espiritual* de vivir valores humanos, sin necesidad hacer concesiones a la trascendencia religiosa. Es la salida espiritual de las personas honestas y coherentes que comprometen su vida y se adhieren a los valores humanitarios importantes: la dignidad de los seres humanos, la libertad o la solidaridad. De manera parecida a los creyentes, estos buscadores de la laicidad perciben la *trascendencia* de los valores, son interpelados por ellos, los convierten en imperativo y norma vital. Por otro lado, los seguidores de esta espiritualidad cultivan una actitud de reverencia sagrada ante el mundo que nos rodea; buscan experiencias relacionadas con la sensibilidad y la intuición; por ejemplo, escuchar el sonido del viento entre las ramas de los árboles, prestar atención al aire que respiramos, sentir el cuerpo o escuchar la voz del corazón cuando se hace el silencio interior.

Pese a sus protestas de autonomía y libertad, esta espiritualidad, en muchas ocasiones, para expresarse se ve obligada a recurrir al caudal simbólico de las religiones, a sus ritos y a sus lenguajes. En los últimos años, se han presentado como novedad las celebraciones de primeras comuniones y bautismos laicos. En Francia se habla de bautismo republicano. Las bodas civiles no son ya novedad. Sin embargo, no dejan de ser una parodia superficial de la liturgia cristiana, que manifiesta la incapacidad simbólica de la ideología laica para satisfacer creativamente la necesidad de rituales del ser humano.

– *Espiritualidad civil*

Desde una perspectiva diferente, aunque relacionada con la espiritualidad anterior, se puede hablar de la espiritualidad de la *religión civil* que atiende las demandas éticas de unos ciudadanos que añoran valores y símbolos patrióticos comunes. La religión civil es la religión popular de una nación

o de una cultura política. Abarca a la sociedad entera o a la mayoría; y los líderes políticos y los dirigentes de esa sociedad son sus mejores practicantes. Por consiguiente, se promueven los valores comunes como el amor de patria, la justicia, la solidaridad entre compatriotas, el compromiso por el bien común etc. Ejemplos de prácticas de la religión civil son los homenajes a la bandera, la veneración de los líderes y héroes de la nación, el uso mitos de fundación y otros mitos nacionales, etc. En el fondo, laten, probablemente, inquietudes trascendentes, la nostalgia de volver a valores superiores y el deseo de fundamentar la vida social con símbolos compartidos por todos los ciudadanos.

– *Espiritualidad ecologista*

Para muchas personas, la mejor respuesta a la crisis ecológica actual, causada por la actividad humana depredadora, está en la espiritualidad que nace de la identificación y la vuelta radical de los seres humanos a la naturaleza. La espiritualidad ecologista contempla las múltiples expresiones de la vida, pero a la vez percibe su unidad profunda; no admite la vieja concepción del mundo que defiende la separación del hombre y la naturaleza y reivindica la reintegración plena del ser humano a la naturaleza. Esta perspectiva ecológica contempla el mundo como templo sagrado digno de reverencia y cuidado respetuoso. El testimonio de Henryk Skolimowsky resulta clarificador:

«En nuestra época, lo ecológico y lo espiritual se vuelven uno. En estos tiempos, adorar a Dios es salvar el planeta. Si perdemos el medio ambiente, perdemos a Dios. Hoy, curar el planeta y a nosotros mismos es una labor espiritual de primera magnitud. La ecología nos une a todos, cualquiera que sea nuestra raza o religión. La ecología es el proyecto de religión universal de nuestra época. La idea de redención requiere un nuevo significado: significa redimir el mundo curando la Tierra.

Es preciso enfatizarlo: sanar la Tierra es la tarea espiritual de nuestra época. Entender la devoción religiosa es reconocer que todas las religiones

son formas de adoración de la belleza y la integridad del planeta. La preocupación de las religiones con el verde es una clara indicación de que el grito de dolor de la Tierra es oído por las iglesias.

La espiritualidad también es, más que nunca, la comprensión de nuestra potencialidad interna, la realización del dios interior dentro de nosotros. Precisamos tratarnos mutuamente de acuerdo con lo que potencialmente podemos ser: luces divinas que nos elevan y ayudan a otros a curarse, integrarse y ser más reverentes. Trabajamos para liberar y articular nuestra divinidad interna y trabajar en el mundo para curar la Tierra, son aspectos complementarios de la espiritualidad ecológica.

La decadencia de las formas religiosas de espiritualidad no nos exime de la responsabilidad de sanar la Tierra y de realizar nuestro potencial espiritual. A pesar de la crisis religiosa de nuestra época y tal vez a causa de ella, debemos tener el coraje de encontrar –en cada uno de nosotros individualmente– no apenas a Jesús de Nazaret sino al Maestro del Cosmos»⁴.

– *Espiritualidad feminista*

Los análisis feministas, cuando se ocupan del hecho religioso, cuestionan las formas clásicas de representación de *lo divino*, las imágenes de la trascendencia que privilegian lo masculino. No creen en un Dios Padre omnipotente que se manifiesta principalmente a través de los hombres. Denuncian también las ideologías que han marginado a la mujer y las concepciones morales del eterno femenino; se oponen a todo aquello que ha negado la subjetividad femenina; que exigía una vida religiosa de renuncia, resignación y silencio; que obligaba al desprecio del propio cuerpo y negaba el placer. En su proyecto de emancipación antipatriarcal,

⁴ <http://espacionave.blogspot.com/2006/07/espiritualidad-ecologica.html> (Consulta: 19 de septiembre, 2006).

no admiten las mediaciones clericales, ni las jerarquías controladas por varones. Quieren participar en la toma de decisiones, acceder a los cargos en las comunidades religiosas con los mismos derechos que los varones. El reconocimiento de la femineidad supone superar la subordinación, la dependencia y el servilismo.

Las espiritualidades feministas ofrecen una nueva lectura de las tradiciones religiosas. Proponen una nueva espiritualidad que brota de la propia energía femenina, que otorga dignidad a las mujeres y no exige acomodarse a los modelos masculinos. La experiencia espiritual feminista transforma la relación vertical con la divinidad, la autoridad y las relaciones entre las personas y cambia la relación con la naturaleza. Se concede mayor valor a la afectividad y a la imaginación. Todo se interpreta desde parámetros femeninos y maternos.

La espiritualidad feminista se construye con elementos heterogéneos tomados del feminismo político de la psicología humanista y la ecología; también con aportaciones del feminismo judío y cristiano; y además se han incorporado prácticas de la filosofía oriental, de las religiones tribales, de psicoterapia y de curación holística. No tiene un discurso unificado, ni una autoridad centralizada. No existe un dogma específico, pero sí algunas creencias compartidas: la unidad última de todos los seres, el reconocimiento de la mujer como un ser viviente ligado a la tierra, la importancia del cuerpo femenino para la celebración de la vida en armonía con la naturaleza. Estas creencias encuentran su confirmación científica en teorías como la hipótesis *Gaia* que considera el planeta como un organismo viviente.

En los últimos tiempos, dentro del viejo feminismo se ha desarrollado un movimiento espiritual que se identifica con la *Religión de la Diosa*. Esta corriente cuenta con una *teología* (de Tea, la Diosa) con creencias y prácticas propias que ha ido elaborando a partir de elementos variopintos. En la *teología*, la figura de la Diosa inmanente se opone a la figura del Dios trascendente. La Diosa resume muchas tradiciones religiosas que celebran

la feminidad sagrada en diosas como Pachamama, Gea, Afrodita, Tiamat, Isis, Cibele, Qomolagna, Amaterazu, Kali, etc. De hecho, en muchas culturas orientales y occidentales, la adoración de la Diosa fue anterior a la adoración de los dioses masculinos. La Diosa creadora es inmanente y permanece en el mundo que ha creado; está en la vida, en los seres creados en los animales y en las personas; también es la reina del cielo. Las mujeres tienen que encontrar a la Diosa en su interior, tienen que apreciar su poder y la belleza femenina, celebrarla en todos los momentos de la vida. Pero esta espiritualidad no es exclusiva del movimiento feminista, puede ser propuesta a todas las personas. Se utiliza el argumento histórico de los cultos antiguos: todos los miembros de las sociedades arcaicas creían y celebraban a la Diosa. En definitiva, con el renacimiento del culto a la Diosa, la espiritualidad feminista está colaborando en la transformación cultural feminista, creando nuevos modelos de pensamiento y nuevos valores. Un texto muy expresivo del sentir del feminismo espiritual es el siguiente:

«Sabemos que en la prehistoria, es decir, en los tiempos pre-patriarcales, la divinidad era mujer. Entender cómo hicieron los hombres para reemplazar a la diosa nos puede dar una pista de cómo recuperarla y recrearla. No para adorarla como a un dios, sino para recuperar nuestro amor por lo femenino y todo lo asociado con ello como el cuidar, nutrir, dar, etc. Para recuperar y recrear lo femenino, tenemos que volver nuestros ojos al comienzo del patriarcado. Se sabe que una de las estrategias de los patriarcas fue arrancarle a los cuerpos femeninos, capaces de dar vida, su sentido trascendente y espiritual. Así el cuerpo se ve y se entiende como desprovisto de toda sacralidad, mientras que el alma es entendida como la depositaria de lo divino, espiritual y superior.

Las religiones pre-patriarcales, que tenían diosas entre sus divinidades, no hacían esta distinción. Para ellas, el cuerpo era sagrado, porque era uno con el espíritu o alma; y por ende, los cuerpos femeninos, capaces de dar vida a otros seres humanos, eran considerados divinos. Y como

el cuerpo era sagrado, el placer también lo era. Pero las religiones patriarcales no sólo nos quitaron la capacidad de trascendencia, sino la de sentir placer sin culpa.

De nuevo necesitamos de lo espiritual para crear un movimiento feminista que ofrezca placer a las mujeres: placer en el sexo, en el cuerpo, en la mente y en el alma; pero también en el trabajo y en el activismo. Necesitamos un movimiento alegre, feliz, placentero y eficiente. No necesitamos un movimiento que se mate trabajando, sino un movimiento que baile, ría y goce creando coreografías contra la globalización. La espiritualidad femenina, al contrario de la que crearon los patriarcas, no niega el placer; más bien nos ilumina sobre los millones de maneras de disfrutar cada segundo de la conciencia, del trabajo, del activismo. Nos enseña la aceptación: a ser nosotras mismas y a dejar que las demás lo sean, sin comparaciones, sin emitir juicios ni manipular».⁵

Como se deduce de los párrafos precedentes, se da una convergencia entre tres poderosas tendencias en nuestra cultura: espiritualidad, ecología y feminismo. No extraña, por tanto, el desarrollo del *ecofeminismo* como corriente específica y con objetivos propios dentro de las numerosas tendencias feministas. El ecofeminismo unifica el movimiento feminista y el movimiento ecologista para lograr unos objetivos comunes, construir de manera eficaz alternativas teóricas y prácticas para resolver los problemas ecológicos planteados. Feminismo y ecología demandan una nueva relación ecológica entre la naturaleza y la cultura, en la que mente y corazón se unan para transformar los sistemas de dominación que amenazan la existencia de vida en la tierra. Es posible la coexistencia entre espíritu y materia, arte y política, razón e intuición, ciencia y misticismo. Todas las

⁵ Alda Facio, con apoyo de Paquita Cruz, *Frente a la globalización neoliberal, ¿qué movimiento feminista necesitamos?*

<http://www.uasb.edu.ec/padh/revista5/articulos/aldafacio.htm> (Consulta: 8 de noviembre 2006).

formas de conocimiento son necesarias si queremos mantener la vida del planeta de una manera ecológica y sostenible. Por otra parte, el ecofeminismo no pretende retornar a la prehistoria, como podría parecer con el retorno de la religión de la Diosa. El conocimiento del protagonismo de las mujeres en sociedades no patriarcales debe ser un estímulo para las mujeres contemporáneas, no el único camino histórico para resolver los problemas actuales.

– *Espiritualidad «queer»*

La expresión «espiritualidad *queer*» se aplica a la espiritualidad alternativa propuesta a la gente gay, lesbiana, bisexual y transexual. Los defensores de esta espiritualidad han buscado antecedentes y modelos históricos; y los han encontrado en los chamanes, las sacerdotisas y los mediadores religiosos de las culturas indígenas. Si durante siglos se han silenciado y perseguido sus prácticas, ahora es el momento, según ellos, de recuperar la vieja herencia espiritual: comenzar una búsqueda interior para conseguir ejercer como profetas, mensajeros, visionarios, sanadores, sacerdotes y guardianes de la belleza. La espiritualidad *queer* pide a sus seguidores liberarse de creencias religiosas y ataduras institucionales que niegan este modo de vida, liberarse de las ideas tradicionales sobre Dios, la familia, la sexualidad. Más aún, la experiencia *queer* es una fuente de revelación y el camino seguro para encontrar la divinidad. Actualmente se va extendiendo la espiritualidad *queer* por medio de seminarios, cursos, conferencias, tesis y talleres dedicados al estudio del movimiento; incluso han aparecido pequeños grupos alternativos para vivir esta espiritualidad, como la Iglesia de la Comunidad Metropolitana

– *Espiritualidad narcisista*

Es evidente que un elemento muy característico de la cultura occidental es la difusión del subjetivismo, la creencia en la subjetividad absoluta del individuo, la fe humanista que convierte al individuo en el centro de todo. En esta circunstancia hay personas que experimentan una dificultad real

para abrirse al infinito, ir más allá de lo inmediato y emprender un itinerario de fe religiosa, pero, aun así, conservan una inquietud interior que les conduce a indagar en su propia realidad individual. Esta *espiritualidad* se adapta perfectamente a la cultura contemporánea secularizada y antropocéntrica y adopta una forma romántica de *religión*, una espiritualidad del «yo», que hunde sus raíces en la crisis del sujeto y se encierra progresivamente en el narcisismo. Una espiritualidad subjetiva donde el espíritu se refugia y se mira en una búsqueda estética, sin exigencias éticas y responsabilidades sociales. La espiritualidad postmoderna narcisista quiere el éxito personal y el logro de las propias iniciativas, pero sin la ascesis de los viejos modelos espirituales, porque aspira al suave hedonismo de una vivencia placentera y una existencia relajada. En su proceso de autoconocimiento, se prefieren los métodos de relajación y las técnicas más placenteras de desarrollo interior. Lo importante es encontrar el mejor procedimiento para *sentirse bien*.

Lo que precede tiene consecuencias institucionales muy importantes: la exaltación del individuo tomado como única referencia y la crisis de autoridad están afectando negativamente a las instituciones civiles, a las religiones y a las iglesias; en general, a todas las organizaciones estructuradas jerárquicamente.

– La espiritualidad de la Nueva Era

Bajo la etiqueta prestigiada de *Nueva Era* se cobijan numerosas espiritualidades que aprovechan los vientos favorables para fascinar a los nuevos consumidores espirituales. La Nueva Era de Acuario es un movimiento de carácter sincretista que da cobijo a un conglomerado de formas espirituales, tradiciones religiosas, ideologías, creencias paranormales, gnosticismos, heterodoxias, esoterismos, terapias, métodos de meditación, etc. Ofrece una espiritualidad suavizada y confusa con elementos narcisistas, imágenes variopintas de la divinidad y bricolaje espiritual; una espiritualidad débil que favorece los procesos de autoconocimiento, los métodos de relajación y las terapias humanistas para sanar los corazones doloridos

de nuestra sociedad. Practica un culto a la vez politeísta, flexible y sincrético que convierte la trascendencia en objeto de consumo, que predica a un dios difuso, cósmico y pagano. Esta espiritualidad favorece el ansia de fuga hacia una nueva privacidad, ampara la búsqueda de nuevas vías espirituales al margen de esquemas y de convenciones; sin prohibiciones ni obligaciones; sin dogmas, normas o mediadores.

Se presenta como alternativa a las religiones mundiales, a las que considera incapaces de responder a la sed de felicidad de los seres humanos, sometidos al dramatismo de la existencia e insatisfechos de la sociedad moderna. Propone una espiritualidad planetaria que inaugura una *era nueva* de paz, armonía y reconciliación. Asimismo promueve una armonía cultural que evita las contradicciones entre los distintos modos de saber, las diferentes disciplinas y los métodos científicos; un saber integrado que permite unir la ciencia, las humanidades, la mística, la física, la tecnología, la ecología... Todos los saberes pueden contribuir, incluso los más heterodoxos y marginados por el mundo académico: el gnosticismo antiguo, la cábala, el sufismo, la alquimia, el hermetismo, el ocultismo, la parapsicología, etc. Se atreve a vaticinar un futuro de convivencia religiosa entre las religiones individuales y la espiritualidad global; un porvenir político de mayor participación ciudadana; un mayor interés por las comunicaciones y la educación.

Cada persona tiene que descubrir su conexión con la energía universal que está en el fundamento de todo lo que nos rodea. Con el uso de las técnicas adecuadas y la guía de los maestros espirituales llegará a un estado superior de conciencia que le conducirá por los caminos de la perfección espiritual y la integración con el mundo en evolución constante. Cada individuo debe vivir una experiencia de transformación psicológica, despertar una nueva conciencia en su interior con los medios que le proporciona la psicología o las variadas técnicas de meditación; incluso puede servirse de experiencias paranormales, el espiritismo, el recurso a los ángeles y procedimientos terapéuticos que permiten superar los obstáculos que unifican con el Todo. La búsqueda de totalidad exige anular todas

las formas de dualismo y fragmentación de la realidad que son el producto de visiones religiosas del pasado, del racionalismo moderno y de los análisis científicos de la realidad. La alternativa a estas interpretaciones del mundo es el *holismo*. La unidad holística transformará al género humano: se anulará la distinción entre hombre y mujer, ya que asumirán una condición andrógina; y más aún, hasta los hemisferios del cerebro funcionarán sintonizados armónicamente.

La preocupación por la salud es un elemento primordial para el desarrollo espiritual. Cuando se está en sintonía con la naturaleza o con la propia divinidad interior, no son posibles el dolor, la enfermedad o la alienación espiritual. En esta espiritualidad de la armonía saludable no hay lugar para el mal moral, ni para la culpabilidad. La creencia en el mal sólo genera temor y sentimientos negativos. Tampoco es necesario el arrepentimiento: los actos humanos son fruto de la iluminación o de la ignorancia. La respuesta mejor a los problemas es el amor, aunque no se trata de un amor comprometido y solidario, sino más bien de una actitud mental. En el lenguaje de este movimiento el amor es energía positiva que produce salud y felicidad. Como la fuente de la salud está dentro del ser humano, hay que conceder la mayor importancia a los aspectos mentales que influyen sobre la salud de los individuos. En caso de enfermedad hay que recurrir a la medicina holística: es preciso sanar a toda la persona y no poner remedios parciales intentando curar sólo las enfermedades. En la medicina holística las teorías y prácticas curativas son muy variadas: acupuntura, homeopatía, cromoterapia, iridología, cristaloterapia, reflexología, musicoterapia, etc. Cabe añadir que la espiritualidad de la Nueva Era incluye la creencia en la reencarnación como prolongación de la vida, como un proceso renovado de aprendizaje y de realización individual; como una participación en la evolución cósmica. Ofrece, incluso, un conjunto de técnicas para que los individuos puedan acceder a vidas pasadas; por ejemplo, por medio de sueños, meditación o técnicas de regresión.

En la espiritualidad sincretista de la Nueva Era, como anteriormente se ha señalado, han encontrado acomodo numerosas teorías y corrientes espiri-

tuales como el gnosticismo y el neopaganismo que se tratarán brevemente a continuación.

– *Espiritualidad gnóstica*

Las antiguas ideas gnósticas, más o menos ocultas durante siglos, recibieron un fuerte impulso por parte de intelectuales europeos a lo largo de los siglos XVIII y XIX. Este gnosticismo se fue desarrollando junto con las nuevas visiones científicas del mundo, corrientes filosóficas, creencias religiosas o parareligiosas, hasta llegar a su divulgación más amplia con la Nueva Era. El neognosticismo toma elementos de la alquimia, la magia, la astrología y otros componentes del esoterismo tradicional; se inspira en ideas y prácticas de la francmasonería, del espiritismo, del ocultismo moderno y de la teosofía.

Los seguidores del movimiento aspiran a recuperar la unidad perdida subyacente a todas las religiones; consideran que en el fondo de toda religiosidad habita una verdad profunda que unifica todo; una vez descubierta será posible la religión universal. No sólo en las religiones, también es posible encontrar la unidad sustancial en el universo. En su cosmovisión se da una estrecha relación entre los distintos elementos de la realidad; una correspondencia entre el mundo visible y el invisible; una mutua influencia entre todos los seres vivos. De ahí la importancia de contar con un conocimiento superior y totalizador, que supera las diferencias y reafirma las analogías y semejanzas, capaz de unificar nuestro mundo y los seres humanos, hasta llegar al conocimiento de la totalidad, de Dios. Este conocimiento superior y, a la vez, salvador es la gnosis. Para llegar a él, se investigan los misterios de la filosofía, las tradiciones primigenias de las religiones, los conocimientos ocultos en las antiguas sabidurías y las corrientes religiosas heterodoxas perseguidas durante siglos por las religiones oficiales. La gnosis necesita maestros para transmitir las doctrinas ocultas y para iniciar progresivamente a los discípulos en un camino espiritual de transformación y de búsqueda de la divinidad cósmica.

– *Espiritualidad neopagana*

El neopaganismo es un término amplio que se aplica a las nuevas vías espirituales que honran *lo divino* como inmanente en la naturaleza. Constituye una nueva manifestación de lo que algunos llaman *el retorno de lo sagrado*. Pero no se trata de una vuelta a las prácticas religiosas tradicionales, sino más bien de una búsqueda de nuevos modos de vivir y expresar la dimensión religiosa inherente al paganismo. Los nuevos buscadores de la trascendencia vuelven los ojos a las antiguas creencias de la religión cósmica. La fascinación por la naturaleza conduce a la sacralización de la tierra, a fomentar el culto a la Madre Tierra. Para los neopaganos, la Madre Tierra, cuya divinidad penetra toda la creación, representa mejor a la divinidad que el Padre-Dios trascendente de las religiones judía y cristiana. Los nuevos profetas espirituales excavan buscando las raíces espirituales en antigüedades remotas, ofrecen a la humanidad, que ha olvidado los viejos mitos, las sabidurías que desde Egipto y Grecia han ido brotando en el paisaje de Occidente. La selectiva recuperación del patrimonio religioso tiene como consecuencia la marginación a las religiones históricas más recientes. Asimismo, hay un rechazo de la Iglesia porque ha perseguido durante siglos a las religiones paganas y ha impedido que llegue hasta nosotros la forma más auténtica de espiritualidad. En la tarea de recuperación neopagana son imprescindibles mediadores como magos, brujas o chamanes, porque ellos son capaces de conectar los diversos planos del universo espiritual. Además, el neopaganismo invita a sumergirse en un mundo espiritual poblado de seres fantásticos, de sátiros, hadas, duendes, elfos, etc. De forma paradójica, hasta los personajes de nuestros cuentos infantiles adquieren consistencia religiosa.

Otras ofertas de espiritualidad religiosa

En el apartado anterior se han presentado algunas propuestas alternativas que no agotan las posibilidades religiosas ofertadas en los mercados espirituales. La mayoría de las propuestas están vinculadas a grupos espirituales que se incluyen dentro de los nuevos movimientos religiosos. Además, los

buscadores encontrarán respuestas a sus demandas en numerosos grupos situados en la frontera o en el interior de las religiones. En este punto hay que hacer constar que en nuestro contexto cristiano, los buscadores de la espiritualidad alternativa son una minoría y casi todas las personas que se confiesan religiosas, lo son dentro de la Iglesia. De hecho, la fuerza de las propuestas espirituales cristianas es tan superior que no admite comparación con las otras alternativas religiosas.

– *Los nuevos movimientos religiosos*

El despertar religioso ha sorprendido a muchos con la llegada de nuevas espiritualidades y la aparición de los nuevos movimientos religiosos y las sectas. Al tiempo que avanza el secularismo también aumentan los grupos de religiosidad alternativa. Estos grupos surgen como alternativa a las grandes religiones porque suponen que las grandes religiones se han equivocado y han sido infieles a la verdadera religiosidad; dan una respuesta religiosa a las demandas espirituales que no encuentran acomodo en las instituciones religiosas o en las comunidades eclesiales. Si por un lado se debe respetar a las personas y valorar su sinceridad en la búsqueda de nuevos caminos espirituales, no se deben olvidar, ni silenciar, los elementos negativos que acompañan a muchos de estos grupos sectarios: el control abusivo de los adeptos, el proselitismo, la acumulación ilícita de bienes; su exclusivismo y su aislamiento temeroso de todo lo que no atañe directamente al grupo; su fundamentalismo radical, que los aleja de todo planteamiento ecuménico y del diálogo interreligioso, etc. Por otro lado, el fenómeno de las sectas, tal como se ha desarrollado en los últimos años, agudiza la fragmentación del hecho religioso en la actualidad y está estrechamente vinculado al proceso de disgregación de la cultura. La misma crisis cultural contribuye al avance de los nuevos movimientos religiosos y de las sectas.

– *Los movimientos fundamentalistas*

En el contexto actual de incertidumbre por los cambios constantes, los movimientos fundamentalistas en las distintas religiones canalizan en

provecho propio la búsqueda de seguridad religiosa, quieren fijar la evolución espiritual y regresar a un pasado que consideran perfecto y norma fundamental de religiosidad. Estas comunidades sectarias fascinan a muchos jóvenes y los arrancan de las comunidades religiosas tradicionales. Las sectas fundamentalistas cristianas que se extienden especialmente en las periferias de las grandes ciudades plantean desafíos y problemas a las grandes iglesias por su rechazo del diálogo ecuménico, por su interpretación simplista y literal de la Biblia y por su proselitismo.

– La espiritualidad oriental

La oferta de espiritualidad se enriquece con las diversas tradiciones orientales, sobre todo, con la divulgación y extensión de técnicas meditativas. Tienen más éxito las propuestas budistas, han sabido ganarse el respeto y la admiración de muchos occidentales. Incluso, pensadores y divulgadores cristianos han alimentado el gusto por la espiritualidad oriental. Por ejemplo, las aportaciones al diálogo espiritual de Raimon Paniker y Ennomiya Lasalle o la extraordinaria acogida de las obras de Tony de Mello.

– Las espiritualidades eclesiales

Aquellos buscadores que se dirigen al mundo cristiano encuentran una oferta variadísima. Actualmente hay una recuperación del interés por la espiritualidad en el interior eclesial, un deseo de interioridad y de experiencias profundas de oración. Se está experimentando una profunda reordenación en la vivencia espiritual de las comunidades cristianas. Las grandes escuelas de espiritualidad surgidas de grandes maestros espirituales, santos y místicos no sólo se mantienen pujantes, sino que son mejor conocidas y divulgadas. Los centros de espiritualidad y los monasterios ofrecen ayuda espiritual y el clima adecuado para la contemplación, el retiro meditativo y la oración. Los lugares de peregrinación y los santuarios recuperan su atractivo espiritual, ofrecen una meta, orientación y consuelo a los nuevos peregrinos. De igual forma puede hablarse de un

despertar carismático que proclama con entusiasmo la acción del Espíritu Santo en la renovación de las comunidades

– *Los nuevos movimientos eclesiales*

Con mayor insistencia y publicidad se proclama la novedad y el vigor de los nuevos movimientos eclesiales⁶. Son variados, y entre los más conocidos se encuentran el Camino Neocatecumenal, Comunión y Liberación, el movimiento de los Focolares, la Renovación Carismática Católica, la Comunidad de San Egidio, el movimiento de Schoenstatt, la Legión de María, el movimiento Regnum Christi, etc. Son propuestos como modelos de una religiosidad vigorosa y de adhesión a Cristo; en todos ellos se cultiva un sentimiento fuerte de pertenencia eclesial. A los seguidores se les pide una vivencia más radical del compromiso cristiano, una buena formación, dedicación a la oración y a las prácticas espirituales, y una participación frecuente en la liturgia y en los sacramentos. Muchas veces son mirados con prevención, porque son considerados excesivamente conservadores y practicantes de una religiosidad desfasada.

– *La espiritualidad de la liberación*

Otro camino espiritual fecundo y comprometido lo propone la espiritualidad de la liberación: la apuesta por el seguimiento de Jesús y la opción por los pobres. Una espiritualidad profética que cultiva actitudes solidarias y compromisos decididos contra la pobreza; que desea la transformación de nuestras sociedades injustas, pero que también se compromete con las tareas cotidianas, con los pequeños gestos que alientan la esperanza de los necesitados. En concreto, las *comunidades eclesiales de base* ofrecen una experiencia de Dios cercana y visible en la convivencia comunitaria y en la proyección del grupo en la vida del barrio. En las

⁶ Aunque resulte reiterativa esta observación: es importante distinguir la expresión *nuevos movimientos religiosos*, que se utiliza para designar a los grupos religiosos alternativos y diferenciados de las religiones tradicionales, de la etiqueta *nuevos movimientos eclesiales*, que designa las nuevas comunidades surgidas en el seno de la Iglesia católica.

comunidades, los laicos tienen un protagonismo especial: llevan la catequesis, organizan la liturgia y procuran ser solidarios con las necesidades sociales del entorno próximo. Por otro lado, las comunidades proporcionan un ámbito de encuentro a las personas; ofrecen un lugar para la devoción, el culto y la celebración festiva; también se interesan por la promoción humana y la solución de los problemas que comparten con los otros vecinos.

– La religiosidad popular

En relación con lo anterior, pero desde una perspectiva más general, hay que aludir a la religiosidad popular, la espiritualidad del pueblo pobre y sencillo. En síntesis, la intuición religiosa del pueblo cristiano expresa creativamente su vivencia espiritual por medio de procesiones, danzas religiosas, veneración de reliquias, peregrinaciones, objetos bendecidos, etc. Aunque puede llevar a excesos y comportamientos supersticiosos, es preciso reconocer en ella la sabiduría del pueblo que da una respuesta religiosa a las grandes cuestiones de la vida, que simplifica y unifica los problemas de la existencia, el dolor y la alegría, el descanso y la oración, el trabajo y la fiesta.

LOS DESAFÍOS DE LA NUEVA ESPIRITUALIDAD

Una mirada al pasado puede resultar estimulante para enfrentarnos a la crisis religiosa de nuestros días. En situaciones históricas de profundos cambios aparecieron formas espirituales novedosas que renovaron la vida de los creyentes. Ante las dificultades fue necesario adaptar y transformar las tradiciones recibidas para construir nuevas espiritualidades y formar identidades comunitarias que dieran respuesta apropiada a los problemas planteados. Es una tarea permanente que también se nos pide hoy si queremos renovar, con valentía e inteligencia, nuestra experiencia cristiana

Bajo esta perspectiva, la lectura esperanzada de nuestra circunstancia religiosa nos lleva a plantear los problemas como desafíos o, mucho mejor, como signos de los tiempos. Las espiritualidades alternativas son signo,

aunque muchas veces caótico, de la pervivencia de la religión en nuestro mundo. Para los cristianos, los retos de la nueva espiritualidad, lejos de ser obstáculos, son estímulos para profundizar en la fe, para comprender mejor a los contemporáneos, para poder establecer un diálogo interreligioso fructífero y dar una respuesta evangelizadora. Los desafíos sirven para enriquecer la propia experiencia espiritual, para construir nuevas identidades comunitarias a partir de la adaptación de las tradiciones recibidas y los elementos valiosos encontrados en la nueva espiritualidad. Pero todo ello exige discernimiento, una formación sólida, paciencia y perseverancia en la búsqueda espiritual.

Por otro lado, las nuevas espiritualidades cuestionan fundamentalmente lo que muchos consideran carencias y perversiones de la modernidad. En este contexto de insatisfacción, los itinerarios personales son muy variados. Por influencia de los medios, algunas personas han querido seguir las modas espirituales, se han vestido de ropas ajenas a su formación o ámbito religioso. Otras se han refugiado en su interior, en actitud temerosa, desconcertadas ante las ofertas contradictorias de un mundo muy plural. Otras viven perdidas, no son capaces de seguir el ritmo de las nuevas tendencias; a tientes, han tratado de recomponer los fragmentos de la espiritualidad propia; ni viven de viejas tradiciones y devociones, ni les tranquiliza participar en ritos religiosos sincréticos. En general, muchas personas se resisten a las tendencias uniformadoras de nuestras sociedades consumistas y buscan una salida espiritual en la multiplicidad o en la mezcla religiosa; rechazan la globalización y se refugian en el localismo, en la defensa del entorno natural o en movimientos religiosos que ofrecen seguridad; se sienten a disgusto con las relaciones burocratizadas que empobrecen la convivencia, buscan el pequeño grupo, relaciones más cálidas y afectivas. Así, las dificultades de carácter relacional y psicológico, los problemas de adaptación al ritmo de vida frenético, al cambio permanente de nuestras sociedades, empujan a muchos a buscar otras experiencias espirituales y a orientarse hacia las religiones alternativas. Entre esos buscadores hay de todo, pero en general, la falta de formación religiosa y la oferta caótica de espiritualidades conducen a una mezcla

indigesta de elementos valiosos, con creencias extrañas y prácticas peligrosas; junto a tradiciones milenarias contrastadas se colocan esoterismos marginales, formas populares de chamanismo, prácticas de meditación, yoga, astrología, etc. De ahí el éxito de las propuestas de la religión «a la carta» en un supermercado de espiritualidades, donde cada uno puede elegir según sus gustos y necesidades.

La reestructuración de la espiritualidad probablemente sea el desafío más provocador de nuestra situación religiosa. Las fronteras de la espiritualidad se extienden más allá de las religiones, más allá de las creencias, incluso de la increencia. Algunos dirán que nos encontramos ante un cambio de paradigma, tal es la transformación religiosa de nuestra época. Ante tal diversidad, es oportuno valorar positivamente la pluralidad religiosa, convertir esta circunstancia en plataforma para el desarrollo espiritual. A los creyentes les corresponde la responsabilidad de integrar armónicamente la rica tradición espiritual y la variada espiritualidad, que con sus sombras y sus luces, se difunde a nuestro alrededor. Y de la aceptación de la pluralidad a la integración de los distintos elementos y de la propia vida en una experiencia espiritual auténtica y madura. Cada día hay que realizar de nuevo la tarea de la inculturación, de la inmersión humilde, de la asimilación creativa y sin prisas del vivir humano. Y además sanar. Cuando crecen los corazones doloridos, sedientos de felicidad, hambrientos de relaciones cálidas y gratificantes, cansados de prohibiciones, normas y mediadores autoritarios, a la espiritualidad renovada le corresponde curar las heridas, facilitar el encuentro y la reconciliación, ofrecer sabiduría sanadora y libertad para navegar en aguas profundas y abiertas.

Hoy se pide a los creyentes que salgan a los caminos. Hay que superar los temores, no asustarse de la inseguridad cultural. Ni tener miedo de hacer preguntas. Las respuestas preparadas pertenecen al fundamentalismo conservador, las soluciones prefabricadas y sacralizadas reflejan el miedo al diálogo. Hay que recobrar capacidad de escucha y también de oferta, de interpelación. Es necesario acercarse y dialogar, abrir caminos al ecume-

nismo y al diálogo interreligioso. Hoy más que nunca la espiritualidad tiene que distinguirse por la apertura, el reconocimiento y el diálogo con los otros diferentes, ya sean cristianos, budistas, neopaganos, laicistas, creyentes o ateos. Diálogo con las personas espirituales y también diálogo multidisciplinar para dar una respuesta común y eficaz a los grandes desafíos culturales que se plantean a la humanidad, para colaborar estrechamente por la paz y la justicia. La nueva espiritualidad, al situarse más allá de las religiones, puede romper algunos muros que edificaron ciertas religiosidades en el pasado entre lo sagrado y lo secular, y construir puentes para el encuentro y la colaboración entre las personas.

En la nueva situación poliédrica, descentrada y universalista son necesarios espacios para la comunicación, el diálogo y también un lenguaje nuevo. La cultura ofrece variaciones fantásticas y caprichosas en un proceso creativo que sin cesar construye y deconstruye lenguajes, símbolos y mitologías. Ahora bien, esta creatividad incesante de lenguajes no debe plantearse como espectáculo, como exhibicionismo artificioso en un mundo sediento de novedades. No hay que caer en una mercantilización de lo sagrado, en una ostentación de la divinidad, para no convertir a Dios en un simulacro, en una manipulación a la carta para satisfacer los gustos y modas de la postmodernidad. Por eso, hay que hablar de Dios con un lenguaje purificado de los excesos del pasado y de las insuficiencias del presente. Hay que reivindicar una búsqueda más silenciosa y amorosa que respetuosamente se acerca al Misterio, el totalmente Otro, sin intentar manipularlo. La propuesta espiritual tiene que apoyarse en un lenguaje más apropiado, en una argumentación más competente y diferenciada, en simbologías y en rituales más sencillos y contemporáneos. Asimismo, se trata de recrear *espacios espirituales*, de otro estilo de vida, de valores duraderos, abiertos a la trascendencia y al encuentro con los otros; se trata de vivir con sencillez y austeridad; experimentar la cercanía de Dios en la presencia encarnada y solidaria en el mundo. En este punto, conviene recordar las reflexiones de Dietrich Bonhoeffer con motivo del bautismo de su ahijado:

«No es cosa nuestra predecir el día –pero este día vendrá– en que de nuevo habrá hombres llamados a pronunciar la Palabra de Dios de tal modo que el mundo será transformado y renovado por ella. Será un lenguaje nuevo, quizá totalmente irreligioso, pero liberador y redentor, como el lenguaje de Cristo; los hombres se espantarán de él, pero a la vez serán vencidos por su poder. Será el lenguaje de una nueva justicia y de una verdad nueva, el lenguaje que anunciará la paz del Señor con los hombres y la proximidad de su Reino. “Y se asombrarán y admirarán de tanto bien y de tanta paz como yo les daré”» (Jeremías, 33, 9).

Hasta entonces la actividad de los cristianos será oculta y callada; pero habrá hombres que rezarán, actuarán con justicia y esperarán el tiempo de Dios. Que tú seas uno de ellos y que alguna vez pueda decirse de ti: “Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta ser pleno día” (Proverbios 4, 18)».⁷

Al concluir, recordamos que profundos cambios sociales y culturales enmarcan las transformaciones religiosas y espirituales de nuestra época. La lectura religiosa de los mismos cambios nos permite entender mejor la inquietud espiritual de nuestros contemporáneos. Hemos visto cómo *religión* y *religiosidad* están siendo sustituidos por conceptos más ambiguos e inestables: *espiritualidad*, *búsqueda espiritual*, *camino*, *deseo*, *demanda espiritual*... Es fácil encontrar estudios de esta sustitución terminológica en textos académicos, en escritos de teología, en los textos de divulgación cultural y, con mucha frecuencia, en los medios de comunicación. Nada extraño, por otra parte, en nuestra circunstancia cultural tan favorable a los juegos deconstructivos del lenguaje. En resumen, la espiritualidad en un sentido abierto y alejado de la determinación cristiana tiene una amplia aceptación del nuestro contexto cultural y religioso. En cualquier caso, ha quedado clara la constatación de que los seres humanos, ahora como antes, acuden a saciar su sed espiritual a distintos manantiales, buscan

⁷ Dietrich Bonhoeffer Tegel, «Reflexiones para el día del bautizo de Dietrich Wilhelm Rüdiger Bethge» (mayo de 1944), *Resistencia y sumisión*. Ariel, 1969, pp. 182-183.

encontrar su camino entre la inmensa variedad de senderos que se les ofrecen en el inabarcable mercado de la espiritualidad.

Finalmente, a los cristianos nos corresponde aceptar los retos de la nueva espiritualidad, vivir con sencillez, alegría y esperanza una renovada experiencia espiritual, gustar la belleza del encuentro con Dios y los hermanos, participar en la transformación de nuestra sociedad, trabajando por la justicia y a favor de los más pobres. Hoy podemos y debemos aprender de la sabiduría de los pueblos y de las gentes de buena voluntad, de las grandes tradiciones religiosas de la humanidad y de los que buscan y abren nuevos caminos espirituales.